

**LAS NARRATIVAS DE LA PARTICIPACIÓN SOCIAL
ENTRE LOS ADULTOS MAYORES: ENTRE
LA RECIPROCIDAD Y LA DESOLACIÓN***

**Gabriel Guajardo
y Daniela Huneeus**

RESUMEN

La posibilidad de ser “autor” de la propia experiencia, en los distintos momentos del curso de la vida, es un desafío cuando las formas de participación social cambian o se transforman a un ritmo creciente y, muchas veces, de un modo que resulta incierto para los sujetos. En este contexto, se propone aquí que la forma narrativa ofrece una posibilidad de elaboración para dotar de un sentido o significado al hecho de participar o no en organizaciones o grupos sociales, y que también constituye un recurso para la promoción del bienestar en los procesos de envejecimiento y vejez, en particular en el caso de aquellas agrupaciones que resaltan el protagonismo de los adultos mayores. Actualmente, según el análisis e interpretación de los autores, el sentido compartido de las conversaciones sociales estaría dando cuenta de la circulación de dos grandes narrativas, una que han llamado de la reciprocidad y otra, de la desolación: ambas permiten a los sujetos otorgar coherencia y continuidad interpretativa a sus experiencias vividas, especialmente en las construcciones de género y de edad, es decir, en el ser hombre o mujer adulto mayor.

* En este artículo se presentan parte de los resultados del estudio titulado “Investigación cualitativa sobre redes de apoyo comunitario del adulto mayor: el discurso de los adultos mayores de la comuna El Bosque, Región Metropolitana” elaborado a solicitud del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) División de Población de la CEPAL, Naciones Unidas. Esta investigación se desarrolló simultáneamente en las ciudades de Santiago de Chile y México D.F.

ABSTRACT

The possibility of relating one's own experience at different times of life is a challenge when forms of social participation change or are transformed rapidly and, often in a way that implies uncertainties for the persons involved. In this context, the idea we are proposing here is that the narrative form provides an opportunity for such persons to structure their experience in order to give a sense or meaning to whether they participate or not in organizations or social groups; it is also suggested that this form is a resource for promoting well-being in the process of ageing and old age, in particular in the case of those groups that highlight the important role of older persons. Currently, according to the analysis and interpretation of the authors, the shared sense of social conversations gives rise to the circulation of two major narratives, one of which they have called reciprocity and the other, desolation: both enable the subjects to give coherence and interpretive continuity to their experiences, especially in the constructs of gender and age, that is, in their situation as an older man or older woman.

RESUMÉ

La possibilité d'être "l'auteur" de sa propre expérience durant les différentes étapes de la vie est une gageure à une époque où les modalités de participation sociale évoluent ou se transforment, souvent dans une direction incertaine pour les individus. Dans ce contexte, les auteurs suggèrent dans cet article que la forme narrative offre une possibilité de développement permettant de donner un sens à la participation ou à l'absence de participation au sein d'organisations ou de groupes sociaux, de même qu'elle constitue une ressource pour promouvoir le bien-être durant les processus de vieillissement et de vieillesse, notamment dans le cas de groupes qui donnent un rôle protagoniste aux personnes âgées. Selon l'analyse et l'interprétation des auteurs, le sens de partage des conversations sociales rendrait compte de l'évolution de deux grandes narrations : la première qu'ils qualifient de narration de la réciprocité et la deuxième, de la désolation : toutes deux permettent aux sujets de donner une cohérence et une continuité interprétative à leur vécu, en particulier dans les constructions de la sexospécificité et de l'âge, c'est-à-dire de l'être masculin ou féminin âgé.

INTRODUCCIÓN

En Chile, las construcciones sociales y culturales acerca de la vejez han sido descritas principalmente en relación con la estructura social, destacándose su variabilidad según la pertenencia a determinados sectores socioeconómicos, en general urbanos y, en menor medida, en ámbitos rurales. En términos globales, y teniendo presente esta heterogeneidad, Barros (1989) ha señalado que en el país existiría una imagen cultural negativa de la vejez y una desvaloración social de su aporte; en suma, el modelo cultural define la vejez como mero deterioro y atribuye a los adultos mayores características negativas, tales como incapacidad, inutilidad u obsolescencia. Este modelo cultural, que devalúa las categorías sociales comprendidas en el segmento de los adultos mayores, incorpora también la desigualdad de género, al adscribir a la mujer una falta de rol y un proceso de desvalorización, agravado por problemas de orden económico y de salud (Barros, 1992).

La cultura cotidiana construye una imagen devaluada y estigmatizada del envejecimiento, la que es reproducida y amplificada por los medios de comunicación social en sus diversos géneros, sin que se cuente con suficientes estudios gerontológico-sociales que desafíen esa imagen, así como esas creencias e identidades sociales (Munizaga, 1998).

Es interesante recalcar que esta imagen cultural negativa de la vejez se inscribe en un país, Chile, que se encuentra en una etapa avanzada de la transición demográfica y va hacia el envejecimiento de su población. En los 30 años transcurridos entre 1970 y 2000, la tasa de crecimiento demográfico del país se redujo en un 42%. Esta disminución es indicativa de que la población chilena ha sufrido una sucesión de cambios en las tasas de mortalidad y, en especial, en las de natalidad, que han incidido en el volumen y la composición por edades de la población (Tacla, 2001). Según el Ministerio de Salud de Chile, sobre la base de los datos del último censo de 1992, aproximadamente un 7% de la población chilena tiene más de 65 años, lo que representa una cifra absoluta de alrededor de 1 millón de personas en ese grupo de edad. Se estima que dos tercios de los adultos mayores son autovalentes, un 30% son frágiles y sólo un 5% se encontraría en estado de postración o completa dependencia. Las mujeres son quienes tienen más episodios de enfermedades agudas, más elevado riesgo de accidentes y mayor prevalencia de enfermedades crónicas. La tasa de

mortalidad aumenta con la edad, siendo siempre mayor entre los varones (Ministerio de Salud de Chile, 1998).

La tensión que plantean las imágenes sociales sobre la vejez frente al hecho del envejecimiento de la población se relaciona, de un modo complejo, con las formas que asume el vínculo cotidiano entre las personas, cuya permanencia y regulación, sea de manera organizada o espontánea, posibilitan su reconocimiento recíproco, una comunidad de interpretaciones y la confianza en los modos de convivencia intergeneracionales (Morales y Villalón, 1999). Aun cuando el aislamiento y la soledad se han identificado como problemas de la población chilena a escala general, según los antecedentes que proporcionan diversos estudios, la participación social en Chile es baja y el interés en participar declarado por la población es mayor que su participación efectiva. Entre las razones para no participar se mencionan, básicamente, los problemas de tiempo, la inexistencia de organizaciones que motiven y la falta de interés (PNUD, 1998). En cuanto a los adultos mayores, éste es un segmento que se encuentra organizado y en la década de 1990 se posicionó como un actor legítimo ante las autoridades, conquistando espacios en el ámbito cultural, la acción solidaria y el voluntariado (Morales y Villalón, 1999).

Históricamente, los adultos mayores han participado en las organizaciones de la sociedad civil, entre otras, las juntas de vecinos, y en asociaciones que tienen como eje las reivindicaciones del propio grupo, como las asociaciones de pensionados, los clubes de adultos mayores y las uniones comunales del adulto mayor. Se estima que 195.049 personas mayores participan en organizaciones sociales dependientes de los municipios del país, concentrándose en las regiones Metropolitana, Octava y Quinta (Comité Nacional para el Adulto Mayor, 2001). En cambio, una proporción mayoritaria de adultos mayores no participa, al igual que el resto de la ciudadanía.

La participación social y la oferta pública que la promueve buscan que los adultos mayores puedan sentirse acogidos, respetados y valorados en su dignidad personal, que adquieran nuevas habilidades y capacidades, o bien potencien las que han desarrollado a lo largo de su vida, planteándose la participación social y el aumento de las redes sociales de sus pares como un medio para superar la soledad y el aislamiento social (Comité Nacional para el Adulto Mayor, 2000).

La finalidad de estas propuestas orientadoras sería modificar las tendencias a la retracción de la sociabilidad a los espacios de la familia y los amigos como las principales redes interpersonales y sociales de los adultos mayores, y ampliar estas redes a los espacios locales, lo que supone promover su identidad como actores sociales en la vida comunitaria.

Corresponde al gobierno local un papel articulador y coordinador de las instituciones y organizaciones que entregan los servicios, con el fin de ponerlas al alcance de la población (MIDEPLAN, 1993; SERPLAC Metropolitano, 1998). Esta misma tendencia se observa en los niveles regionales y nacionales que permiten la expresión pública de sus intereses, necesidades y proposiciones en el marco de un nuevo consenso social (MIDEPLAN, 1996; Edwards y otros, 1990).

Existe evidencia, de carácter exploratorio y descriptivo, indicativa de que la pertenencia a una organización social contribuye positivamente a la calidad de vida de los adultos mayores. Al inicio de la década de 1990, en estudios cualitativos (Barros, 1991, 1994) basados en el discurso de personas mayores de 65 años, que viven en su propio hogar, autovalentes y residentes en la ciudad de Santiago, se registraron los siguientes beneficios vinculados al hecho de participar en organizaciones sociales: intercambio de información para cuidarse mejor, compañía, afecto y mejoramiento de las relaciones familiares al fortalecerse la tendencia a la autonomía. En cambio, cuando los adultos mayores enumeran sus problemas desde una perspectiva individual, señalan las siguientes situaciones: disminución de la capacidad física y problemas de salud, falta de dinero, soledad, aislamiento, dificultades de comunicación, incomprensión y falta de afecto.

I. METODOLOGÍA

La metodología empleada en este estudio fue de carácter cualitativo, con un enfoque teórico metodológico socio-hermenéutico (Ibáñez, 1979), que busca comprender discursos y sus consecuencias, considerando a las personas que los producen como sujetos representantes de lugares estructurales. Para producir esos discursos de los adultos mayores se utilizó la técnica de los grupos focales, que es de tipo conversacional y grupal.¹

¹ La modalidad del grupo focal es una técnica cualitativa de investigación social en la categoría de observación semi-participante, que simula una experiencia de conversación grupal indicativa de las posibilidades de consenso y divergencia en sectores con características similares; de ahí que en la selección de los participantes no sólo tengan que considerarse criterios sociodemográficos o poblacionales, sino principalmente procesos socioculturales, psicosociales, comunicacionales y experienciales de los colectivos o grupos sociales en estudio. Esta técnica contempla sesiones de una duración aproximada de una hora y media a dos horas, que se realizan en un lugar acondicionado especialmente, con un número de participantes que oscila entre un mínimo de 6 y un máximo de 10. Sobre grupos focales, véase David Morgan, *Focus Groups as Qualitative Research*, Newbury Park, Sage Publications, segunda edición, 1997.

La investigación corresponde a un estudio de caso único, comunitario y situacional centrado en el marco geográfico administrativo territorial de la comuna de El Bosque, Región Metropolitana.² En este caso, la calidad de comunitario alude a que el estudio se centra en un barrio o comunidad de vecinos y la de situacional a que se estudia un acontecimiento desde la perspectiva de los que han participado en él (Rodríguez y otros, 1999).

Los grupos se diferenciaron según dos criterios básicos: por una parte, la participación y no participación de las personas en organizaciones, grupos sociales o ambos en el espacio local;³ por la otra, su sexo, esto es, hombres y mujeres.

La edad mínima de los sujetos participantes se fijó en 60 años. Dentro de los grupos focales se buscó que hubiera una tendencia a la equiparidad entre las personas de 60 a 74 años y las de 75 años y más. Se constituyeron cuatro grupos focales en total, dos de mujeres y dos de hombres. Por otra parte, en la investigación se aseguró la confidencialidad a todos quienes participaron efectivamente en los grupos focales mediante un compromiso suscrito por la institución patrocinante, en este caso el CELADE, según el cual la información obtenida sería de uso exclusivamente académico y los nombres de las personas participantes se mantendrían en el anonimato (Berg, 1998).⁴

Cuadro 1

**NÚMERO DE GRUPOS FOCALES DE ADULTOS MAYORES,^a
COMUNA DE EL BOSQUE, REGIÓN METROPOLITANA, CHILE**
(Fase de terreno: 22 de junio a 10 de agosto de 2002)

Criterios de diseño	Participación en organizaciones, grupos sociales o ambos		Total
	Participan	No participan	
Sexo			
Hombres	1 grupo	1 grupo	2
Mujeres	1 grupo	1 grupo	2
Total	2	2	4 grupos

^a Cada grupo focal estuvo constituido por entre 6 y 10 personas.

² La comuna de El Bosque está situada en la zona sur de la Región Metropolitana, adolece de carencias de infraestructura y equipamiento urbano, sus habitantes son de nivel socioeconómico medio a pobre y tiene aproximadamente 6,4% de población mayor de 55 años.

³ Con respecto a la participación en redes sociales es necesario indicar que el hecho de estar participando o no en una determinada organización no excluye la posibilidad de pertenecer a otras redes sociales, como las de orden familiar o extrafamiliar.

⁴ En la transcripción de las sesiones de cada grupo se omitieron aquellos nombres de personas, instituciones, organizaciones o grupos que pudieran permitir su identificación en la comunidad. Este mismo criterio se aplicará a las demás publicaciones o textos que se deriven del proyecto. Antes de iniciar las sesiones de grupo se caracterizó individualmente a los participantes mediante fichas-cuestionario, a las que sólo ha tenido acceso el equipo profesional vinculado al estudio.

II. RESULTADOS: LAS NARRATIVAS DE LOS ADULTOS MAYORES

En la conversación social de los adultos mayores, a partir de su experiencia de participación o ausencia de ella, es posible reconocer dos ejes de sentido que se relacionan entre sí, delimitándose recíprocamente, y cuya articulación organizaría la construcción de significados acerca de la participación en organizaciones sociales en el espacio local y de su contribución a las experiencias de apoyo y bienestar. Estos ejes de sentido son la sociabilidad y la subjetividad de los adultos mayores.

El eje de la sociabilidad comprende la integración, como convivencia intersubjetiva e inclusiva, de los adultos mayores en espacios sociales, tales como la familia, las organizaciones sociales y el barrio. En la actualidad puede conducir al aislamiento de los sujetos, en particular si se tiene una vivencia de ausencia de posición o de un lugar social y simbólico en el interior de la cultura. Por su parte, el eje de la subjetividad se refiere a la posición que los sujetos hablantes se otorgan a sí mismos en la trama de relaciones sociales en las que están insertos. En las conversaciones sociales de los adultos mayores, la subjetividad como campo de significaciones depende de los vínculos que establecen con los demás en términos de una vivencia, lo que supone dos polos: la compañía de otras personas o su ausencia, entendida como soledad.

Ambos ejes permiten configurar campos discursivos en las conversaciones, los que se refieren a la relación de los adultos mayores, hombres y mujeres, con un lugar social y simbólico en el interior de la cultura pública y a la vivencia de sí mismos en los vínculos que establecen con los demás. En este marco, los adultos mayores, sea que participen o no participen actualmente en organizaciones sociales en el espacio local, elaboran dos narrativas básicas y transversales con respecto a los temas de la participación, el apoyo y la construcción de su identidad, que se diferencian según el género de los hablantes, hombres y mujeres: una narrativa de la desolación, desarrollada principalmente por los hombres, sea que participen o no, y otra narrativa que se estructura en torno de la reciprocidad, que organiza el discurso de las mujeres sea que participen o no.

1. La narrativa masculina de la desolación: la soledad y el aislamiento ante la integración

En la narrativa de la desolación se interpreta la vejez como limitación y marginación del sujeto en un mundo hostil, doloroso y violento, en el que

las antiguas posibilidades físicas, sociales y laborales ya no existen. Esta visión se configura a partir de un análisis y un diagnóstico que los hombres realizan y en los que ponen en juego aspectos políticos y económicos, relaciones históricas y la propia biografía. La desolación remite a un estado de ánimo subjetivo, cuya tonalidad es la amargura, la depresión individual y la imposibilidad del deseo ante el estado de las cosas.

“Hay una amargura por la vida a veces, por lo que uno piensa y no puede ser cumplido, nuestras ideas, nuestros deseos y eso trae en las noches una penuria y no hay sueño, no hay nada y hay solamente sufrimiento.” (Grupo focal de hombres que no participan).⁵

“Uno no lo siente cuando recién jubila, pero al pasar el tiempo, al pasar los años, la jubilación se va acabando y mientras más sobrevivamos, peor.” (Grupo focal de hombres que participan).

En este contexto interpretativo quedan dos formas de insertarse subjetiva y simbólicamente en un mundo definido como ajeno: el encierro –una inserción ausente– o la espiritualidad –una inserción trascendente. Ambas inserciones del sujeto en un orden plantean una detención narrativa en la continuidad de lo social, especialmente en la permanencia temporal de lo colectivo, y de la trama de las relaciones sociales. Si bien cada sujeto puede encontrar su sustento –una cierta autarquía–, no tiene perspectivas de establecer vínculos reproductivos que aseguren la continuidad entre las generaciones (*“mientras más sobrevivamos, peor”*).

Acerca del contexto familiar, los hombres adultos mayores enuncian experiencias en las que sus hijos varones renuncian a seguir sus mismos pasos o rechazan esa posibilidad y en las que se cuestiona la valoración tanto de la reproducción como de la posibilidad de establecer un matrimonio. Así, la desolación interrumpe las cadenas de reproducción social y simbólica en el relato de los hombres mayores. Los hijos han aprendido lo que el mismo padre no supo aprender en su juventud: *“Uno cuando llega a una edad que los huesos no quieren aguantar más”*; por lo tanto, su sino es el de la impotencia; los hijos han aprendido la lección, se alían a la sabiduría paterna y actúan en conformidad.

⁵ Las citas de las verbalizaciones transcritas de los adultos mayores que participaron en los grupos focales fueron seleccionadas según un criterio de pertinencia acorde con la interpretación y no de exhaustividad. Este último enfoque demandaría la exposición sistemática de la totalidad de los discursos de los hablantes, procedimiento más bien propio de formas de análisis cuantitativo.

“Claro, hay que aprender a vivir la vida, lamentablemente yo no lo aprendí cuando estaba joven, uno cuando llega a una edad que los huesos no quieren aguantar más, entonces da por aprenderla y yo estoy aprendiendo a vivir, tengo dos hijos que no toman, no fuman, no van a fiestas, no van a nada y no quieren casarse, porque casarse es un gran problema en este tiempo que estamos viviendo, yo les encuentro toda la razón, pero yo les digo, qué va a suceder cuando nos vayamos nosotros, cuando el Señor nos llame y ellos sin esposa, claro que tienen casita, sin esposa, sin hijos, sin nada, no, me dicen, no tenemos problemas, porque sabemos hacer comida, sabemos hacer cazuela, hacer asado, pero faltan las cosas para compartir con el hombre.” (Grupo focal de hombres que no participan).

“No todos nos conservamos en un aspecto de salud tal que podamos valer al máximo de capacidades; entonces, en ese sentido es valioso, porque hay mucha gente desvalida, gente que podemos encontrar en las calles, adultos mayores que no tienen como ellos defenderse en el sentido de la vida, en nuestro país hay mucha gente que no tiene las posibilidades de vivir como algunos de nosotros pueden hacerlo.” (Grupo focal de hombres que participan).

La participación en organizaciones sociales, si bien es altamente valorada por los varones adultos mayores, sea que actualmente participen o no, es elaborada fundamentalmente como una acción de otros, que no les pertenece en cuanto vivencia espontánea. Para los varones, los espacios de participación se reconocen como propios de las mujeres, que irrumpen luego de un encierro y sujeción en el hogar.

“En realidad es un fenómeno que se ve, en primer lugar, la mayoría de las mujeres está viendo que es una manera de, no jubilarse, sino de tener una válvula de escape del encasillamiento de la dueña de casa.” (Grupo focal de hombres que participan).

En cambio, las mujeres se encuentran subjetivamente implicadas en el relato de la participación, incluso si se restringe su polisemia a realidades cercanas e identificables, específicamente a las organizaciones y agrupamientos conocidos. En esos grupos se sabe que la presencia de los varones es escasa.

“Por ejemplo, los diferentes grupos donde las señoras participan, ellas dos dicen que participan con hombres, el resto, folclor es para mujeres; yo recién estoy en una cuestión folclórica, somos puras mujeres, entonces el hombre es menos participativo, no sé si tiene otro tipo de actividades.” (Grupo focal de mujeres que participan).

2. La narrativa femenina de la reciprocidad: la compañía como polo para la integración

En el caso de las mujeres, si bien reconocen la existencia de dificultades y limitaciones que las afectan, la narrativa se construye en torno de un paradigma de la reciprocidad: el mundo es un entramado de relaciones ordenadas en múltiples direcciones, que conllevan diversos derechos y deberes, y ellas se encuentran en algún punto de dicha trama.

Cada una de ellas tiene un punto de inserción, en primera instancia dado por su calidad de madres –la reciprocidad está signada principalmente por la maternidad–, que las posiciona no sólo en un conjunto de relaciones de parentesco o alianza, sino que también en un denso entramado social, que se ordena en torno del dar y el recibir. Las mujeres son ejes de circulación de conversaciones, bienes, favores, interacciones, como el reír, y beneficios dirigidos no sólo ni ante todo a ellas mismas, sino a aquellos con quienes mantienen vínculos significativos: hijos, parientes diversos, vecinos y amigos, entre otros.

“Sí, yo pienso que nadie debe sentirse solo, porque siempre tiene vecinos al lado, tiene los hijos a veces, si no la pueden ir a ver muy seguido a veces por su trabajo, yo nunca me he sentido mal porque mis hijos no van muy seguido porque sé que están trabajando y por lo demás uno nunca está sola, siempre Dios está con uno.” (Grupo focal de mujeres que no participan).

“Es la conversación, es pasarlo bien, tomar once, así como estamos ahora, nos echamos unas tallitas.” (Grupo focal de mujeres que participan).

La reciprocidad no sólo es una narrativa que se configura en torno del apoyo y la participación, sino una narrativa global que ellas elaboran en tanto sujetos históricos y contextuales, que explica su biografía, las disyuntivas vitales por las que han atravesado y su posición presente. A diferencia de los

hombres, este rol estratégico en las relaciones de reciprocidad las mantiene siempre actualizadas y vigentes; si el pivote fundamental es la maternidad, nunca lo abandonan –nunca se deja de ser madre, tanto de los hijos propios como de los ajenos–, a diferencia de los hombres, cuyo vector ha sido el trabajo y del cual ya han sido expulsados o en el que no son reconocidos; ellos no poseen ni enuncian una posición actualizada y vigente ante la participación y el apoyo, ni siquiera como ciudadanos; elaboran un discurso sobre la pérdida, el extrañamiento y el encierro.

En la visión de las mujeres, los hombres están presentes, pero sin que se les necesite. En cambio, en la narrativa de la reciprocidad, las mujeres se posicionan siempre en una dimensión de apertura, que es correlativa con la colonización de futuro. Así, en la medida en que se posee la energía física para poder situarse en algún punto de las tramas de reciprocidad, es posible trascender la familia y el ámbito privado, como sería, por ejemplo, ocuparse de la participación de los jóvenes y de la continuidad de las formas de participación comunitaria.

“Yo siempre pienso que si Dios me da vida y salud y dejo mi trabajo que tengo, voy a tratar de ayudar, ir a cualquier parte que necesiten, aunque sea para ir a comprar el pan o cualquier cosa, que no puedo hacer otra cosa, pero no me voy a quedar encerrada en mi casa, ni en mi pieza; mientras yo pueda caminar con mis pies, tengo que apoyar, ayudar a otras personas, pudiendo caminar lo ayudo con lo que yo pueda.” (Grupo focal de mujeres que no participan).

“Sigo siendo delegada de pasaje para trabajar, porque la gente joven no quiere trabajar, la gente joven no quiere hacer cosas en las villas, cada uno quiere vivir su mundo, no es como antes que la gente se integraba mucho más, la gente joven no se integra más a la sociedad, como que no está ni ahí, como dicen los jóvenes, no le importan los vecinos, no les importa incluso la juventud, porque la juventud es la que tiene que irse preparando, pero a ellos no les interesa.” (Grupo focal de mujeres que participan).

3. La muerte y la enfermedad: el acontecer coincidente con Dios

En las narrativas –desolación y reciprocidad– que construyen hombres y mujeres se encuentran dos acontecimientos semejantes y dispuestos dentro de la conversación de manera coincidente: la enfermedad y la muerte.

“Quería decir que estamos mal, el adulto mayor en general está mal, hay sueldos muy bajos y el que está jubilado tiene que morir así, con ese sueldo.” (Grupo focal de hombres que participan).

“Yo pertenezco a un club de enfermos, nosotros lo denominamos enfermos crónicos, porque en realidad es diabetes e hipertensión que están considerados dentro de los crónicos y dentro de la organización, puedo decir que casi el 100% porque soy el único varón, en serio, no sé, no creo que pueda ser vergüenza de participar, porque somos hombres, porque somos jubilados y no participan, no van, no quieren.” (Grupo focal de hombres que participan).

Ante la enfermedad y la muerte, Dios emerge como el referente final del apoyo necesario y su ordenador: apoyo último, supremo e incondicional. Dios otorga sentido, es la respuesta a un conjunto de preguntas básicas relativas a quién se es, cuál es el origen, hacia adónde se va. Si la muerte interrumpe esta cadena de sentidos, Dios la restituye, explica y conduce. Se ha visto que la narrativa de la desolación dispone una ausencia de sentido como horizonte vital y, ante esa perspectiva, el recurso a lo divino reinstala una posibilidad de sentido.

“En un hogar donde hay un Dios, donde está la Virgen, el apoyo mío, en mi, mi apoyo era siempre Dios, Dios estaba ahí, mi apoyo era él, era en él que confiaba, al que le pedía, al que sabía que mañana iba a ser mejor, era él, ese era mi apoyo.” (Grupo focal de mujeres que no participan).

III. CONSIDERACIONES FINALES

Los resultados del estudio indican que la construcción de significados de la participación en organizaciones sociales y su contribución a las experiencias de bienestar se realiza según dos narrativas básicas –reciprocidad y desolación–, que organizan los significados y sentidos de las conversaciones en este ámbito. Estas narrativas se articulan según las diferencias y desigualdades de género –relaciones de poder–, es decir, en las trayectorias y cursos de vida de hombres y mujeres; tal como indica Freixas (1996), “no es lo mismo ser mujer mayor que ser hombre mayor”.

En la perspectiva de los autores, lo que advierte y señala Freixas apunta al reconocimiento de la necesidad de articular abierta y complejamente las construcciones de género y edad entre los adultos mayores. Así, las diferencias y desigualdades que se encuentran en las relaciones de género dentro de un determinado orden no se refieren a posiciones o imaginarios invariables en las trayectorias de los sujetos.

Al parecer, en los relatos sobre la participación social se percibe una inversión del imaginario acerca de la desigualdad y la diferencia entre hombres y mujeres. Son las mujeres adultas mayores quienes pueden vincularse productivamente al mundo privado y a su entorno inmediato, del cual forman parte las organizaciones y grupos del espacio local. A este aspecto aluden en especial las mujeres que participan socialmente, en tanto que las que no lo hacen lo matizan, al tener la vivencia de espacios referidos al hogar, el parentesco y el vecindario. En cambio, los varones, otrora productivos e integrados a un mundo público y privado que delimitaba su identidad en roles y relaciones sociales y simbólicas de un lugar legítimo, provisto en particular por el trabajo remunerado, al llegar a adultos mayores plantean un discurso que se despliega desde un no lugar o una no posición, espacio de tránsito, pero sin posibilidades de instalar flujos de reciprocidad con sus pares y demás generaciones.

Los resultados de este estudio permiten preguntarse por las inversiones o nuevas creaciones de las construcciones de género según se presentan en el curso de la vida, entendido este último concepto como un conjunto de reglas y expectativas compartidas que regulan su extensión temporal (Tuirán, 1996). Así, las construcciones de género, expresadas en los mandatos y narrativas de género en la juventud y adultez de los varones (Olavarría, 1998; 2001a; 2001b) se recrean y adquieren nuevos significados, especialmente en lo que respecta a las relaciones de poder, construcción de identidades y experiencias vividas que caracterizan las narrativas de los adultos mayores. Estas reflexiones llevan a demandar nuevas investigaciones sociales que profundicen en el tema mediante un pluralismo metodológico y un diálogo entre disciplinas y campos del saber.

La perspectiva e interés de los autores de este estudio acerca de las personas adultas mayores en el espacio local y, en particular, de los procesos que dan significado a su participación e inclusión comunitarias, tiene su origen en la anterior consideración respecto de la necesidad de realizar investigaciones cualitativas basadas en metodologías de conversación y narración que consideran la participación de las personas como sujetos activos y reflexivos en la construcción cultural y sus transformaciones.

Por último, el conocimiento proveniente de las ciencias sociales puede aportar información y una mirada crítica que contribuyan a la consolidación del protagonismo de los actores sociales en la definición de sus condiciones de vida, así como a la modificación de las construcciones de identidad y prácticas asentadas en tradicionales diferencias y desigualdades.

BIBLIOGRAFÍA

- Aranibar, Paula (2001), *Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina*, serie Población y desarrollo, N° 21, (LC/L.1656-P/E), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), diciembre, Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.01.II.G.195.
- Barros Lezaeta, Carmen (1994), “Aspectos sociales del envejecimiento”, *La atención de los ancianos: un desafío para los años noventa*, Publicación científica, N° 546, Washington, D.C., Organización Panamericana de la Salud (OPS).
- (1992), “Caracterización, problemas prioritarios y acciones a favor de la mujer de edad avanzada”, Santiago de Chile, Dirección de Estudios Sociales (DESUC), Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, marzo.
- (1991), “Viviendo el envejecer”, *Cuadernos del Instituto de Sociología*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- (1989), “Envejecer en Chile”, *Estudios Sociales*, N° 60, Santiago de Chile.
- Berg, Bruce L. (1998), *Qualitative Research Methods for the Social Sciences*, Needham Heights, Massachusetts, Allyn & Bacon.
- Comité Nacional para el Adulto Mayor (2001), *Catastro nacional de organizaciones sociales de adultos mayores (redes comunales)*, Santiago de Chile, Secretaria Ejecutiva, Gobierno de Chile.
- Comité Nacional para el Adulto Mayor, Secretaria Ejecutiva, Gobierno de Chile (2000), *Informe de gestión 2000*, Santiago de Chile.
- Edwards, J., A. Aldunate y E. Gutiérrez (1990), “La vida de los ancianos: un enfoque hacia el espacio local”, inédito, Santiago de Chile, Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (FONDECYT).
- Freixas Farre, Anna (1996), “Prólogo”, *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Madrid, Narcea S.A. Editores.
- Ibañez, Jesus (1979), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores.
- MIDEPLAN (Ministerio de Planificación y Desarrollo) (1996), “Participación social a nivel local. Caracterización de programas innovativos orientados a mujeres jóvenes y adultos mayores”, *Documentos sociales*, N° 51, Santiago de Chile.

- ____ (1993), “Política nacional sobre el envejecimiento y vejez: lineamientos básicos”, Santiago de Chile, División Social, Programa adulto mayor.
- MINSAL (Ministerio de Salud de Chile) (1998), *Política de salud para el adulto mayor*, Santiago de Chile.
- Morales, Irma y Jorge Villalón (1999), *Chile y los adultos mayores: impacto en la sociedad del 2000*, Santiago de Chile, Comité nacional del adulto mayor/ Instituto Nacional de Estadísticas (INE).
- Morgan, David L. (1997), *Focus Groups as Qualitative Research*, Method Series, vol. 16, Oregon, Sage Publications, febrero.
- Munizaga, Carlos (1998), “Prólogo”, *Revista chilena de antropología*, Santiago de Chile.
- Olavarría, José (2001a), *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- ____ (2001b), *Y todos querían ser (buenos) padres: varones de Santiago de Chile en conflicto*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Olavarría, José, Cristina Benavente y Patricio Mellado (1998), *Masculinidades populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1998), *Desarrollo Humano en Chile 1998*, Santiago de Chile.
- Rodríguez, Gregorio, Javier Gil Flores y Eduardo García Jiménez (1999), *Metodología de la investigación cualitativa*, Granada, Ediciones Aljibe.
- SERPLAC Metropolitano (Secretaría Regional Ministerial de Planificación y Coordinación) (1998), *Adulto mayor programas municipales en la región metropolitana. Diagnóstico y propuestas*, Santiago de Chile.
- Tacla, Odete (2000), “Transición demográfica. Hacia el envejecimiento en Chile”, documento presentado en el seminario Impacto del envejecimiento poblacional en la sociedad del 2000 (28 y 29 de agosto), Santiago de Chile, Comité Nacional para el Adulto Mayor.
- Tuirán, Rodolfo (1996), “Transición de la adolescencia a la edad adulta en México”, *Dinámica demográfica y cambio social*, Dinámica demográfica y cambio social. Carlos Welti (coord). México, D.F., Programa Latinoamericano de Actividades en Población (PROLAP).

